Del sentimiento trágico de la vida *de Miguel de Unamuno**

HORACIO MOLANO NUCAMENDI

Pascal, Herodoto, Kierkegard, Laménais, Platón, Kant, Spinoza, Hegel, Bergson, Aristóteles, Lutero, Descartes, Spencer, Vico, Schleiermacher, Carlyle, Schopenhauer, todos ellos confluyen en el ensayo filosófico *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, en el cual Miguel de Unamuno resume una tradición filosófica a la española, tal y como Fernando Savater hace en la actualidad, es decir, realizando una síntesis de la corriente del pensamiento occidental con atención especial en la expresión y con un particular interés en la comunicación de las ideas. Pues, para este miembro de la generación del 98 “la filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él”.¹ Es así como después de haber declarado que “la trágica historia del pensamiento humano no es sino de una lucha entre la razón y la vida, aquella empeñada en racionalizar a esta haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la mortalidad; y esta, la vida, empeñada en vitalizar a la razón obligándola a que sirva de apoyo a sus anhelos vitales” (146-147) nuestro autor se dirige a su receptor y dice:

Y el lector que me siga leyendo verá también cómo de este abismo de desesperación puede surgir esperanza, y cómo puede ser fuente de acción y de labor humana, hondamente humana y de solidaridad y hasta de progreso, esta posición crítica. El lector que siga leyéndome verá también su justificación pragmática. (157)

* Palabras leídas en el *Homenaje a la generación del 98* realizado por el Departamento de Literatura del CEPE.

¹ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Barcelona, Óptima, 1997, p. 71. En adelante sólo pondremos el número de página correspondiente a la edición del mencionado libro.

Con este guiño se dirige Miguel de Unamuno a su público lector. Agregando un poco de suspenso a su argumentación sobre esas dos fuerzas que se contraponen en la existencia humana: el vivir y el obrar, el sentimiento y la razón.

En un artículo publicado en *La Nación*,² José Ortega y Gasset desde Buenos Aires afirma que Miguel de Unamuno murió del “mal de España” (recordemos que las vidas de los miembros de la generación del 98 estuvieron cruzadas por dos acontecimientos dramáticos en la vida de la nación ibérica, por un lado la guerra civil y por el otro la pérdida de Cuba con la cual feneció el espíritu imperialista español), era la primera noche del año de 1937 y Ortega había recibido la noticia del deceso de aquel hombre de “un coraje sin límites”, quien “precisamente en los años que los europeos andaban más distraídos de la esencial vocación humana, que es ‘tener que morir’, y más divertidos con las cosas de dentro de la vida, este gran celtíbero hizo de la muerte su amada”.³

Y es que la reflexión de Unamuno sobre la muerte marca su pensamiento, recordemos aquella declaración con la que parte su obra:

No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo este pobre yo que me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia. (80)

No olvidemos que *Del sentimiento trágico de la vida* fue publicado por entregas en la revista *La España moderna*, de diciembre de 1911 a diciembre de 1912, y finalmente publicada como libro en 1913 bajo el sello editorial de El Renacimiento. Por esos años, Unamuno escribía a su amigo Ortega y Gasset:

Me pregunta usted por mi vida, mi salud, mis andanzas. Mi salud mejor que nunca, pero con más preocupaciones que nunca respecto a ella. Mis andanzas... no ando, estoy quieto dándome vueltas como un faquir. Y no ando porque no tengo a donde ir. No creo en la finalidad externa. Ya sabe usted mi único problema, el de la inmortalidad del alma en el sentido más medieval. Todo lo concentro en la persona. Lo grande del cristianismo es ser el culto a una persona, a la persona no a una idea. No hay más teología que Cristo mismo, el que sufrió, murió y resucitó. Y sólo me interesan las personas. Si dentro de 10, 100, 1 000 o 100 000 siglos nuestra tierra es una bola de hielo o un puñado de asteroides desiertos toda la ciencia, y la filosofía y el arte y etc., etc. no valen nada.⁴

² José Ortega y Gasset, “En la muerte de Unamuno”, en Antonio Sánchez Barbudo (ed.), *Miguel de Unamuno*, Madrid: Taurus, 1980, p. 20.

³ *Ibid.*

⁴ *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, Ed. de Laureano Robles, Madrid: Ediciones El Arquero, 1987, p. 101.

Más adelante agrega:

Y ahora mi vida. Ya lo sabe usted. Tengo ocho hijos; hace tres años que murió mi madre, hace 41 mi padre. ¿Dentro de 30, de 40, de 100, luego de que todos hayamos muerto, volveré a verlos?, ¿volveremos a convivir? Esto es todo. Y no sirve la ciencia de la serpiente saducea; irradia tal frialdad de sí que huyo de ella antes de que hable.⁵

Fecha en noviembre de 1911 esta carta deja ver la manera en que plantea los problemas Unamuno, es decir, desde su propia persona. Partía de su experiencia para formularse preguntas. Quizá en su libro *Del sentimiento trágico de la vida* se plantea más interrogantes que respuestas, pero tal es la finalidad de las obras filosóficas que exploran las cuestiones capitales del desenvolvimiento humano. Es así como en las páginas de este volumen nuestro autor se pregunta acerca de la perseverancia del ser del hombre, sobre la raíz amorosa de la vida social, de la trascendencia humana. De tal forma, Miguel de Unamuno enuncia sus dudas: “¿Qué es, en efecto, existir, y cuándo decimos que una cosa existe? [...] ¿Y estoy acaso seguro de que algo me precediera o de qué algo me ha de sobrevivir?” Y aunque no tiene soluciones tajantes, sí esclarece el camino al declarar que algo “existe cuanto obra, y existir es obrar”. (213)

He aquí cómo llegamos a la singularidad expresiva de Unamuno, quien además de abrir sus interrogantes, tiene la capacidad de conciliar términos y dar vuelta a sus expresiones. De tal modo dice: “Podríamos tal vez morir en una desesperada resignación o en una desesperación resignada” (213), y la importancia del orden de las palabras salta a la vista, pues una “desesperada resignación” nos lleva a la inmovilidad mientras que la “desesperación resignada” es por lo que pugna Unamuno, para quien la actividad es primordial no sólo para el desarrollo personal, sino también el colectivo.

La paradoja, esa figura del pensamiento con la que se supera la contradicción en un sentido más prolongado, conciliando dos ideas aparentemente opuestas, es el recurso más socorrido por nuestro autor en su discurso filosófico. Volvamos, pues, a la base del conflicto de la existencia humana: lo vital y lo racional. Del que Unamuno concluirá por medio del análisis de la obra de Cervantes que “Nuestro Señor Don Quijote es el ejemplar del vitalista cuya fe se basa en la incertidumbre, y Sancho lo es del racionalismo que duda de su razón.” (151) Y es que es la contradicción íntima lo que unifica la vida, le da razón práctica de ser.

⁵ Ibid., p. 102.

Y desde su punto de vista nuestro autor dice que no es que haya dos mundos enfrentados sino que hay dos tipos de personas: “los racionalistas [que] buscan la definición y creen en el concepto, y los vitalistas [que] buscan la inspiración y creen en la persona.” (209) Con esta distinción, Unamuno consigue recomponer el orden que disocia dos tradiciones encontradas: Occidente y Oriente. Como sabemos, España se caracteriza por ser el crisol de ambas culturas, y de dicha avenencia surge una identidad que hermana caracteres contrapuestos.

Dice Unamuno: “Al venir al mundo, dásenos a escoger entre el amor y la dicha, y queremos —¡pobrecillos!— uno y otra: la dicha de amar y el amor de la dicha.” (221) “Y la fórmula, terrible, trágica, de la vida íntima espiritual, es: lograr lo más de dicha con lo menos de amor o lo más de amor con lo menos de dicha. Y hay que escoger entre una y otra cosa.” (222)

Esa alteración en el orden de las palabras es clave en *Del sentimiento trágico de la vida* pues en la concepción del catolicismo por parte de nuestro autor lo lleva a demandar que se cambie en positivos los diez mandamientos que en forma negativa nos legó el Antiguo Testamento. “Y así, donde se nos dijo: ¡no mentirás!, entender que nos dice: ¡dirás siempre la verdad, oportuna o inoportunamente!, aunque sea cada uno de nosotros, y no los demás, quien juzgue en cada caso esa oportunidad. Y donde se nos dijo: ¡no matarás!, entender: ¡darás vida y la acrecentarás! Y donde: ¡no hurtarás!, que dice: ¡acrecentarás la riqueza pública! [...] Y así todo lo demás.” (280)

Resulta imperante señalar que el autor español consideraba inhumano “sacrificar una generación de hombres a la generación que le sigue, cuando no se tiene sentimiento del destino de los sacrificados.” No sé por qué esto me gustaría recordárselo a nuestros gobernantes.

La importancia de trastocar el orden reside en una nueva manera de relacionarse con el mundo. Así, para Unamuno “de lo que hay que liberarse es de la culpa, que es colectiva” (289) ya que en lugar de diseminar nuestra culpa individual en los demás debemos procurar aliviar ese exceso de culpa de la humanidad. De tal suerte, la virtud del cristianismo, para Miguel de Unamuno, radica en que es un culto no a una idea sino a una persona, de ahí el interés de nuestro autor por hablar sobre un patrón de conducta:

Todos, es decir, cada uno puede y debe proponerse dar de sí todo cuanto puede dar, más aún de lo que puede dar, excederse, superarse a sí mismo, hacerse insustituible, darse a los demás para recogerse de ellos. Y cada cual en su oficio, en su vocación civil. (273)

Es en este punto en que Unamuno descubre una manera de la trascendencia del ser humano: el trabajo. Es la labor diaria en la que cada quien logra desprenderse de sí mismo y obrar en los demás. Y vaya que la curiosidad del escritor

español sobre la inmortalidad del alma logró trascender en este tratado que cubre muchas de las ideas que sobre la finitud de la vida ha articulado el hombre.

De la postura unamiana de negarse a la muerte, nace toda su reflexión filosófica que no es otra cosa que un llamado apasionado por la vida. En palabras de Antonio Machado: “En nuestro mundo intelectual nadie mueve tanta guerra como el sabio Unamuno. El espíritu batallador, expansivo y generoso reside en este donquijotesco varón”,⁶ que entabla un diálogo universal con el hombre de todos los tiempos preocupado por conciliar la eterna disyuntiva existencial entre razón y fe, pensamiento y acción.

⁶ Antonio Machado, “Divagaciones”, en Sánchez, *Op. cit.*, p. 91.